

—Sí, deliciosos animales que deberían admirarse en los jardines zoológicos detrás de fuertes barrotes, como fenómenos de la Creación.

## 8

Mélitte, presa de temblores de fiebre, se había retirado a su cuarto, negándose a responder a las llamadas. Dos o tres veces el tribunal compuesto del padre, la tía y el veterinario se había presentado a interrogarla, a suplicarle, a sacarla de aquella muda resistencia. Encastillada en su silencio, arrebujada en su piel de marta, y hundida en una poltrona, escondía el hociquito entre el pelo, como los coleópteros que cuando presienten el peligro, retiran los cuernos, estiran las patas y hacen el muerto.

Pero no sufría. La ira asfixiante de la que toda la casa estaba saturada, no le tocó a ella. Su modo de sentir era tan incompatible con el ambiente que la rodeaba, que permanecía indiferente a los chillidos, impermeable a la bilis de toda aquella gentuza que, desplegando todas las fuerzas en defensa de la moral, presentaban el cuadro panorámico de la medioeval estupidez.

Los resoplidos de la tía, los aullidos del hermano, las palabras severas pero reposadas del padre, llegaban a sus oídos como sucesiones desorganizadas de sí-

labas. Ella y su familia eran, moralmente, como dos cuerpos que se adhieren, pero que no se mezclan; eran como el lacre y la marca: lo que en uno es relieve, en el otro es depresión; las convexidades audaces y renovadoras de Mélitte ensamblaban con las retrógradas concavidades de la familia.

Mélitte, que se había conservado virgen hasta hacía dos meses, por un retraso en la madurez sexual de sus deseos, tenía un concepto muy moderno, muy científicamente esquemático del amor, para dejarse arrastrar por los necios prejuicios de aquella pobre gente, en la que se unían las efemérides y vínculos convencionales de la familia. Había estado en Austria, en Alemania, en países de gran desenvolvimiento industrial, donde el amor libre no está acogotado por la moral jesuítica de los países latinos. Había estado en Bélgica, donde las parejas se separan cuando ya no las impresiona el amor, volviendo a encontrarse sin embargo de vez en vez, «para asuntos de administración ordinaria», como dicen los ministros dimisionarios. En el *boulevard* Anspach, de Bruselas, había visto a señoritas de buenísimas familias saludar con la mano a muchachos desconocidos que, al pasar, dirigieron las palabras de galantería. Sabía que allí, cuando una muchacha vuelve a casa encinta, no encuentra un padre que, maldiciendo, se arranque la cándida barba venerable, y escarabajee en los caminos de la ley, el «fruto de la culpa». Sino que es recibida, por el contrario, con esas palabras tiernas que merece y necesita una mujer que encierra el misterio sobrenatural de la maternidad; y cuando el niño viene al mundo, recibe también la bienvenida, y si la madre no puede atenderlo, educarlo y subirlo, se preocupan de todo los abuelos.

En Bélgica, los accidentes del trabajo de Cupido son comedias con un final alegre y luminoso; en Italia forman parte de los repertorios de Grand-Guignol: el padre puede matar impunemente a la

hija «deshonrada», como el marido puede descuartizar a la adúltera. Todo el mundo sabe cómo entré nosotros, el cornudo que mata a su mujer tiene segura la absolución, porque, dada la imponente mayoría de cornudos, de los diez del jurado lo son cinco al menos; y éstos bastan para absolverle.

Donatella, algunos días antes, se había horrorizado viendo a Mélitta, desnuda de la cintura para arriba, pasar de su habitación al cuarto de baño, para lavarse con agua fría el seno.

¡El seno!

Y Mélitta, riéndose del asombro de Donatella, le había dicho, al volver a su cuarto:

—Ah, mujer Naga.

Donatella estuvo llorando varias horas.

—¡Mujer Naga! ¿Por qué me has llamado mujer Naga?—preguntó a Mélitta, cuando se agotó todo el remanente líquido de sus lágrimas.

—Las mujeres Naga son como tú, Donatella; hacen residir el pudor en los pechos. Cada país tiene una zona corpórea de pudor: en el Japón, el pudor se localiza de los tobillos para abajo; en ciertos países siberianos, en la planta de los pies; en Turquía, en el rostro; junto al Guaycum las mujeres se avergüenzan, no al mostrarse desnudas, sino al desnudarse, y los hombres al vestirse.

—¿Tienen ustedes una conferencia de psicología de pueblos?—interrumpió, sarcástico, don Cecilio, sosteniéndose sobre las puntas de los pies.—Yo que soy turco, como usted dice, puedo servirle de objeto de estudio.

—De un estudio sobre los animales que no aciertan a aclimatarse—rebatió Huska.

Donatella probó a echar una nueva rociada de lágrimas, pero teniendo ya los lagrimales exhaustos, se dejó caer en una silla, como un *boxeur* se abandona contra la cuerda, después de un fatigosísimo *round*.

\*  
\* \*

Don Cecilio Cacao de Capacaída había sentido súbitamente simpatía y afinidad por el subteniente veterinario. Este muchacho que, dejando de buenas a primeras la cuadra del regimiento, había afrontado treinta y seis horas de tren para hacer de su pecho defensa para el honor de una hermana a la que apenas conocía, era muy de su agrado. Mélitta y Bernardo (el veterinario) habíanse separado de niños, sin llegar a verse en muchos años, porque él, ocupado en sus estudios en una de esas pequeñas universidades donde los profesores ejercen una dulce severidad sobre los estudiantes para que puedan tomar el doctorado, había quedado el último de los ciento cincuenta opositores a las cuatrocientas plazas de subtenientes veterinarios. Y sus compañeros de carrera eran ya capitanes, pero él, poco ambicioso de títulos ni de gloria, seguía de subteniente.

Bernardo enteró a don Cecilio Cacao de Capacaída de los caracteres que diferencian a la pulga del caballo de la del perro y la del hombre, y le explicó cómo él mismo había dado fricciones de pomada antiparasitaria a un caballo del general Cadorna...

—¡Un Capacaída!

Don Cecilio le tocó con la ocarina un trozo de *Il Trovatore*, ópera que se daba con preferencia en el teatro municipal de su pueblo, y le calculó de memoria la cantidad de goma ingerida en la vida media de un hombre, que tenga la costumbre de pegar con la lengua los sellos de su correspondencia. Donatella, ocupada en las cuatrocientas sesenta y seis pieles de topo de su abrigo, y en escrupuloso bordado de las cinco pelotas de la futura corona en la ropa blanca de comedor y de cama, estaba consternada por tener que verse con tapiceros y borda-

doras sin la compañía de su novio, el cual había encontrado en Bernardo una conformación mental tan semejante a la suya que casi se olvidaba de ella.

—Yo tengo también un tío rico—confesó Cecilio a Bernardo con gran derroche de mímica.—Pero está en desgracia. ¡Mi tío tiene un hijo!

Y le explicó cómo si dicho tío no hubiese tenido un hijo, vastos limonares y el ferrocarril económico Marrancio-Tesmoforia los hubiera heredado él.

Don Cecilio era feliz casándose con Donatella, para apartarla de aquella corrompida casa que le ofrecía el ejemplo impuro de Iluska, la viajera misteriosa, que si se paraba en su andar vagabundo era para echarse en brazos de un hombre.

¡Feliz era, casándose, don Cecilio!

De su casa habíanle escrito una carta, tan angustiosa que él, acompañado de Bernardo, había ido a la oficina postal a girarles a las cinco hermanas cien liras, recomendándoles paciencia hasta el día de la boda. La dote de Donatella salvaría la situación. Claro que si el tío rico no hubiese tenido un hijo, con los limoneros y el ferrocarril económico Marrancio-Tesmoforia, la cosa hubiera ido algo mejor; pero en fin, consumado el matrimonio, Cecilio sabría acordarse de la madre y de las cinco hermanas.

De vuelta a casa, Cecilio hablóle a Bernardo de su propia riqueza y de las varias casas «solariegas» que en feudo poseían sus cinco hermanas, inmaculadas las cinco, como Donatella.

Y besó a Donatella en la frente.

Donatella amaba a don Cecilio, pero a su modo. Ciertas mujeres están enamoradas sin tener un amante, y se acogen al primero que pasa. Es un amor indeterminado, un tiro sin puntería, un estado físico que corresponde al «calor» en las hembras de los animales: cualquier macho que se presente les sirve muy bien para su uso, como marido.

Mientras Cecilio la besaba en la frente, ella se

fijó en el nudo de su corbata, del más sobrenatural azul celeste; celeste como el alma ochocentesca de Donatella, en la que aún latía el sentimentalismo de la flor conservada en el libro, la diversión de los pétalos de rosa golpeados sobre la frente, de la cerilla apagada por sorpresa con un soplo, mientras papá hace ir la llama de un lado para otro.

\*  
\* \*

—¡Iluska!

No estaba.

—¡Iluska!

Había salido sin que nadie se diera cuenta.

Entró en casa de Mauro chorreante de agua de lluvia, como si llorase todo su cuerpo. Pero los ojos estaban luminosos y tersos. Melitta no era fácil a las lágrimas.

—Quieren purificarme—empezó ella con una sonrisa áspera, quitándose poco a poco los guantes.—Me parece estar en uno de esos países en que todos quieren a toda costa redimir, y que pecarían voluntariamente por el solo placer de ser redimidos.

Sonreía la niña.

¡La niña!

La que había desencadenado la tempestad.

El hombre la miraba, inquisidor.

—Yo sé qué piensas—le dijo ella impasible.—Piensas que yo soy la causante de todo esto.

Gesto evasivo de Mauro.

—No merecías tanta molestia. Ha salido de mí el que nos amásemos. He sido yo la que te ha buscado.

—No, Melitta. Ninguno de los dos ha buscado al otro. El encuentro de nuestros deseos fué simultáneo. No seguimos el acostumbrado procedimiento de conquista, ni la consabida ficción de las negativas, y llegamos a la posesión recíproca sin preliminares de maldad, sin impacencias innobles, y sin preguntar-